



Los pueblos caravaneros también estuvieron presentes en el norte de Chile, recorriendo distancias que abarcaban desde los bosques tropicales hasta la costa del Pacífico.

Las caravanas no existieron sólo en el desierto del Sahara

¿Quién no ha visto películas donde aparecen largas hileras de camellos y hombres vestidos con túnicas caminando kilómetros y kilómetros por el desierto del Sahara, transportando valiosas mercancías o, por qué no, protegiendo también un legendario secreto que podría evitar el renacimiento de alguna malvada momia con ansias de destruir la humanidad con sus maldiciones?

Esta representación tan clásica apunta a las ya muy conocidas caravanas, comerciantes que cruzaban el desierto de lado a lado.

Las películas, libros e incluso cómics nos han creado la siguiente asociación: un desierto es igual a arena y comerciantes con camellos. Pero aquí, en Chile, también contamos con un desierto, el Desierto de Atacama, el más árido del mundo. Ante esto, uno se pregunta ¿habrá habido pueblos caravaneros en el Desierto de Atacama tal y como los hubo en el Sahara y en otros desiertos y lugares del mundo? La respuesta es sí, y serían tan antiguos y con estructuras sociales tan complejas como los de África y Asia.

Pero antes de seguir, es primordial definir qué es una caravana.

Muchos arqueólogos y antropólogos las definen como un grupo humano que traslada bienes y productos de un territorio a otro, utilizando animales para su transporte. Estos animales varían, pues en algunos territorios se usaban burros, en otros, camellos, dromedarios, caballos, vacunos, cabras o, incluso, yaks. En cambio, aquí, en el Desierto de Atacama, se utilizaban llamas.

Ahora bien, cuando a uno le hablan de caravanas en el norte Chile,

surgen muchas preguntas, como ¿quiénes eran estos comerciantes? ¿de dónde provenían? ¿cuáles son las evidencias arqueológicas que permiten decir: “sí, aquí había caravanas”? ¿eran hombres, eran mujeres, ambos? ¿eran pueblos completos que se dedicaban a esto o eran personas independientes?

Todas estas preguntas, y más, intentarán ser respondidas a continuación, gracias a los conocimientos entregados por José Berenguer, curador jefe del Museo Chileno de Arte Precolombino, y Calogero Santoro, doctor en Arqueología y académico de la Universidad de Tarapacá.

¿Cómo nacen los pueblos caravaneros?

En el caso del Viejo Mundo, las primeras caravanas habrían comenzado gracias a la domesticación de burros hace unos 6.000 años, aproximadamente; mientras que, en Sudamérica, particularmente en los Andes de Bolivia, Perú, Argentina y el norte de Chile, habrían iniciado con la domesticación de las llamas entre 6.000 a 5.000 años atrás, las que luego comenzaron a ser usadas como animales de carga hace unos 5.000 a 4.000 años.

Los pueblos caravaneros del Desierto de Atacama se definen como nómades que transportaban bienes de distinta naturaleza, como pescado, algas, guano de aves marinas, productos agrícolas, objetos de metal y piedras semipreciosas, recorriendo distancias que abarcaban desde los bosques tropicales hasta la costa del Pacífico.

José Berenguer señaló que la existencia de los pueblos caravaneros que transitaron por el Desierto de Atacama tiene que ver con la gente que explotaba o desarrollaba la crianza de camélidos, principalmente las llamas, que son animales de rebaño cuyo hábitat son las alturas andinas y los espacios de puna. Por lo tanto, estos pastores de llama habrían tenido una relación muy cercana con el nacimiento de las caravanas, pues estas últimas no pueden existir sin los primeros, debido a que, como señalamos antes, la definición de caravanas tiene como base el uso de animales de carga. Aun así, hay que aclarar que no todos los pastores serían caravaneros.

Entonces, tomando como base la actual evidencia, los pueblos caravaneros habrían nacido en los sectores andinos, gracias a la domesticación de las llamas, hace unos 6.000 años.

¿Cómo era su travesía y qué intercambiaban?

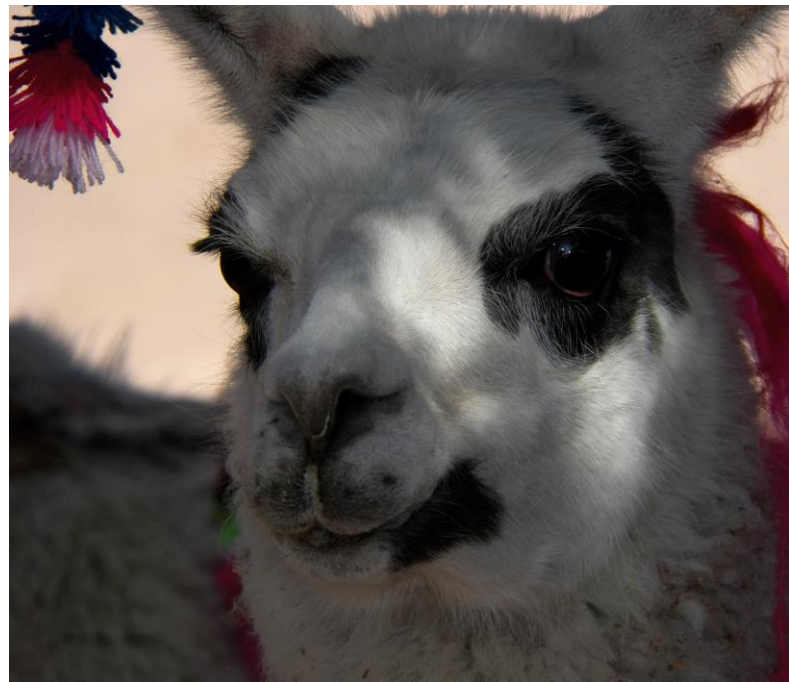
El viaje de los caravaneros se hacía desde las alturas andinas hacia la costa, travesía que podía variar de una semana a más de tres meses. Calogero Santoro señala: “Estos pueblos se consideran de gran importancia en la historia de los últimos 4.000 años, tanto en la economía como en el desarrollo social, pues permitieron la complementariedad de recursos y la interacción de comunidades en las distintas zonas que visitaban, generando una integración de territorios”.

Con respecto al intercambio de productos, éste se daba con los distintos pueblos que estuvieran en su recorrido. Estos productos podían ser de altura, como tubérculos o derivados de la propia llama. Hay que destacar que no sólo intercambiaban elementos que llevaran desde sus tierras, sino que también intercambiaban cosas que iban encontrando en los distintos puntos en los que se detenían; por ejemplo, intercambiaban charqui por maíz, el que era trasladado hasta otra aldea donde lo cambiaban por tejido y, luego, el tejido se intercambiaba por sardinas. Como señala Berenguer, estas caravanas “eran una verdadera correa transportadora de elementos”.

Un famoso punto de descanso de los pueblos caravaneros fue Pica, cuyo nombre proviene del quechua y significa “Flor en la Arena”.

¿Se consideran comerciantes?

Uno de los puntos interesantes de quienes investigan a estas caravanas es la medida de intercambio. Calogero Santoro señala: “A diferencia de otros lugares del mundo, aquí no había monedas, lo que requirió que se establecieran medidas de equivalencia para intercambiar una porción de maíz por una porción de papa chuño, por ejemplo”.



La domesticación de la llama, ocurrida entre 6.000 y 5.000 años atrás, fue crucial para el desarrollo de los pueblos caravaneros que recorrieron el Desierto de Atacama.

Berenguer, aclara que desde la antropología siempre es preferible hablar de intercambio, de trueque o de canje, y no de comercio, pues no existe un valor de cambio simbólico como la moneda.

De monos, loros y jaguares

Tan largas eran las travesías de los caravaneros, que aún hoy quedan vestigios de los exóticos productos que traían desde tierras lejanas. Berenguer se refirió a esto señalando que: “Se han encontrado productos como madera tropical, plumas de pájaros que ahí no existían, corazas para guerreros hechas con cuero de caimán y forradas en piel de mono, que son animales que no existen en San Pedro de Atacama, Puca, Chiuchiu o Quillagua, pero que sí se encuentran en los grandes ríos bolivianos o argentinos. Lo mismo pasa con el coatí, con el que se hacían bolsitos con su piel. Hemos encontrado carcaj hechos con piel de jaguar, que tampoco es un animal de acá. Y no sólo hay productos, sino que también imágenes que han llegado y se han plasmado a través del arte, los textiles y el arte rupestre”.

Los arqueólogos, a través de las evidencias encontradas, han señalado que existía lo que denominan “tráfico secuencial”. Esto quiere decir que había circuitos caravaneros en distintos territorios, pero que, de vez en cuando, se entrelazaban. Por ejemplo, un circuito que recorriera el altiplano podía encontrarse con un circuito que viniera desde la selva, donde se sucedía el intercambio de estos productos exóticos.

Pica como punto de descanso

Un ícono de los pueblos caravaneros que hemos visto en la películas o leído en libros, son los oasis. Sí, ese reducto de palmeras con abundantes cocos, y frescas y cristalinas aguas son un valioso punto de resguardo para cualquiera que se adhiriera a las filas caravaneras. Y, cómo no, aquí también lo fueron, contando con abundante agua y frutos que permitieron la sobrevivencia de estos pueblos.

El oasis más famoso de esta zona se encuentra en la Región de Tarapacá, específicamente en la Provincia del Tamarugal. Hablamos de Pica, cuyo nombre proviene del quechua y que significa "Flor en la Arena". Sí, nos referimos a la misma comuna de donde proviene el famoso limón de Pica. En este punto convergían los llameros de la antigüedad para reunir fuerzas y proseguir sus viajes desde y hacia la costa.

¿Cómo los arqueólogos saben que una evidencia encontrada pertenece a una caravana?

Uno de los problemas principales para los arqueólogos es saber cómo aquel vestigio de hace miles de años perteneció o no a una caravana. Una pregunta compleja de responder, pues por aquellos años se movilizaba mucha gente por el desierto, y las huellas o artefactos encontrados podrían haber pertenecido a un grupo de personas conformadas por familias, cazadores o elementos utilizados dentro de una reunión ceremonial, y no una caravana.

José Berenguer explica que hay muchas formas de saber si una evidencia perteneció o no a estos pueblos y son las siguientes:

Huellas de los caminos: Las especiales condiciones del Desierto de Atacama han sabido mantener los antiguos caminos formados por el tráfico caravanero, los que quedaron plasmados por milenios debido a su constante uso.

Refugios: Las huellas son una evidencia por sí mismas, pero más aún si van conectando lugares con agua y refugio, como las *paskan*, que son una arquitectura muy precaria y transitoria que permitía a los caravaneros pasar la noche y a las llamas pastar y descansar.

Ritualidad: En todo el desierto se pueden encontrar evidencias de un profundo componente ritual, como arte rupestre, geoglifos, entierros y túmulos. Esta ritualidad es propia de los viajes caravaneros.

Evidencia animal: Los expertos en análisis de fauna han descubierto que las patas de las llamas cargueras sufren de ciertas enfermedades, como artritis o artrosis, por el peso de las mercancías que trasladaban, trabajo que llevaban a cabo por casi 12 años.

Por tanto, si en una zona encuentran artefactos que contengan estos cuatro puntos, es posible decir que pertenecían a pueblos caravaneros.



Los geoglifos son las huellas que estos pueblos dejaron en sus extensas travesías por el desierto.